

# Apología a la Primera Línea

Jorge Alberto López-Guzmán

Popayán, Colombia

Son la Primera Línea. Sus escudos varían desde fragmentos circulares de señales de tránsito, la parte metálica de recipientes cilíndricos, hasta diseños o fragmentos cuadrados con material de madera, zinc, plástico, hierro o acero. Algunos están pintados con los colores de la bandera del país que por décadas ha negado a los jóvenes que los portan, otros con un grafiti que simboliza lo trágico de vivir en un lugar en donde no solo se muere por un virus, sino por el hambre y la indiferencia. Los escudos también llevan iniciales o palabras que a la luz del ignorante solo son un trazo en un fondo inquebrantable, pero para la Primera Línea, personifica el clamor de un nuevo amanecer.

Sus manos lesionadas y dedos maltratados reflejan el desgaste que sus guantes no pueden cubrir; sus cascos —algunos con la identificación de su tipo de sangre— y sus gafas los protegen de la indolencia del tirano; sus máscaras les han permitido respirar en el ahogo distópico que se vuelve cotidiano. En las madrugadas cualquier frazada es la excusa para sobrevivir a la hipotermia mientras se recrean reminiscencias a la luz del agotamiento como protagonistas.

Cuando la agitación disminuye, las huellas de su ímpetu se exhiben en la astucia certera de aquellos que proyectaron su enajenación en objetos mordaces capaces de exterminar sueños —por eso, para seguir soñando, deben seguir despiertos—. Los impactos recibidos son el reflejo de la delgada trinchera entre la vida y la muerte, la osadía y la ignominia, la realidad y la hipocresía que pocos reconocen, porque la única línea divisoria que imaginan es la fabricada entre sus pantallas y las calles.

Se alinean de manera milimétrica mientras el embate desproporcionado entre piedras y municiones se funden en un escozor de heroísmo y cobardía. Son hijos de los barrios y comunas que la dirigencia solo visitó en tiempo de promesas, los mismos que el sistema educativo no ha incluido en sus listas de asistencia, y que para el sistema de salud oscilan entre indicadores de mortalidad y de tutelas.

La Primera Línea se ha convertido en la democratización de la dignidad: madres primera línea, profesores primera línea, abogados primera línea, clérigos primera línea,

todos enalteciendo su salvaguardia ante la atrocidad desbordada de los que empuñan las armas instaurando la resistencia como la fuente ética de voluntad y obstinación.

Muchos de los que los han visto proteger a los que se movilizan con arengas se identifican con ellos. Los más pequeños imitan sus vestiduras, los mayores aplauden desde sus ventanas, los padres les agradecen por su lucha y los jóvenes los admiran por su arrojo y valentía.

Como lo debería decir un nuevo himno: son jóvenes inmarcesibles que pasarán a la posteridad con un júbilo inmortal, porque han derramado su sangre para que cese la horrible noche y surja una libertad sublime.

Han visto a sus compañeros perder los ojos, recibir heridas mortales y proferir su último suspiro mientras mueren. La autoridad pensaba que eso los iba a amedrentar, pero no se dieron cuenta de que eso les ha brindado el aliento para seguir batallando durante meses ante el desprestigio proferido por los aparatos ideológicos, la criminalización del establecimiento y la estigmatización por parte de un grupo de personas que, amparados en la fuerza, disparan desde la comodidad de sus carros y casas.

Su flagelo es transmitido por medios alternativos e internacionales, las redes sociales se han inundado de vídeos en directo que parecen filmes de terror, los hashtag #SOS-Colombia, #NosEstanMatando o #ParoNacional se hicieron virales en todo el mundo. Hay quienes los increpan por su accionar y los colocan en la palestra, desconociendo que durante numerosas jornadas no han sabido de sus familias ni tampoco han probado una bebida caliente, y mucho menos descansado en una cama; cada día solo esperan amanecer vivos para seguir combatiendo, no solo por ellos, sino también por aquellos a los que nunca les ha faltado nada.

Resignificaron las ciudades —avenidas, portales, puertos y calles— con un apellido meritorio de ser incluido en las cartografías: «Resistencia». Las ollas comunitarias y los campamentos artesanales se han convertido en los baluartes para la reivindicación de ideas y la conformación de familia. Y como lo expresaría el famoso cantante puertorriqueño: «A brindar por el aguante» porque la Primera Línea representa a todos los que no han podido encontrar una forma para existir y que, por lo tanto, no han podido enumerar el mundo.